

mo en prendas y en alimento de vida espiritual; y para esto acumula tantos beneficios, que ni hay número ni medida, ni pasa día ni hora en que no crece esta deuda.

639. Pues dime, ó hija mia, ¿qué agradecimiento se debe á tan liberal y paternal clemencia? Y ¿cuántos hay que le tengan dignamente? El mas ponderable beneficio es, que con esta ingratitud no se hayan cerrado las puertas, y secado las fuentes de esta misericordia, porque es infinita. La raíz de donde principalmente se origina este agradecimiento tan formidable en los hombres es la desmedida ambicion y codicia que tienen á los bienes temporales, aparentes y transitorios. De esta insaciable sed nace su ingratitud; porque como desean tanto lo temporal, les parece poco lo que reciben, y ni agradecen estos beneficios, ni se acuerdan de los espirituales; y con esto son ingratisimos en los unos y en los otros. Y sobre esta pesada estulticia suelen añadir otra mayor, que es pedir á Dios no solo aquello que han menester, sino las cosas que se les antojan, y han de ser para su misma perdicion. Entre los hombres es cosa fea que uno pida á otro algun beneficio, cuando le ha ofendido; y mucho mas si lo pide para ofenderle mas con él. Pues ¿qué razon hay para que un hombre vil y terreno, enemigo de Dios, le pida la vida, la salud, la honra, la hacienda, y otras cosas que nunca las supo agradecer, ni usó de ellas mas que contra el mismo Dios?

640. Y si á esto se añade que jamás agradeció el beneficio de haberle criado, redimido, llamado, esperado, justificado, y tenerle preparada la misma gloria de que goza Dios: y si el hombre quiere granjearla, claro está que será desmedida temeridad y audacia pedir el que se hizo tan indigno por su ingratitud, si no pide el conocimiento y dolor de tal ofensa. Asegúrote, carísima, que este pecado tan repetido de la ingratitud con Dios es una de las mayores señales de reprobacion en los que le cometen con tanto olvido y descuido. Tambien es mal indicio, que conceda el justo Juez los bienes temporales á los que piden éstos con olvido del beneficio de la re-dencion y justificacion; porque todos éstos, olvidando el medio de su eterna vida, piden el instrumento de su muerte; y el concedérsele no es beneficio, sino castigo de su ceguedad.

641. Todos estos daños te manifesto, para que los temas, y te alejes de su peligro. Mas entiende que tu agradecimiento no ha de ser comun y ordinario; porque tus beneficios exceden á tu conocimiento y ponderacion. No te dejes llevar ni engañar con encogerte á título de humildad, para no conocerlos y agradecerlos como de-

bes. No ignoras el desvelo que ha puesto el demonio contigo, para que se te desvanezcan las obras y favores del Señor y míos, á vista de tus faltas y miserias, procurando hacer incompatibles con ellas los bienes y verdad que has recibido. Deste engaño acaba ya de sacudirte, conociendo que te aniquilas y humillas, cuando mas atribuyes á Dios los bienes que de su larga mano recibes; y cuanto mas le debes, tanto mas pobre te hallarás para el retorno de la mayor deuda, si no puedes satisfacer por la menor que tienes. El conocer esta verdad no es presuncion sino prudencia; y el quererla ignorar no es humildad sino estulticia muy reprehensible; porque no puedes agradecer lo que ignoras, ni puedes amar tanto, si no te conoces obligada y estimulada de los beneficios que te obligan. Tus temores son de no perder la gracia y amistad del Señor; y con razon debes temer no la malogres, porque ha hecho contigo lo que basta para justificar muchas almas. Pues es muy diferente cosa temer con prudencia el no perderla, ó poner duda en ella para no darle crédito: y el enemigo con su astucia pretende equivocarte en esto, y que en vez del temor santo introduzca en tí una pertinacia muy incrédula, encubriéndola con capa de buena intencion y temor santo. Este ha de ser en guardar tu tesoro y procurar una pureza de ángel en imitarme con desvelo, y en ejecutar toda la doctrina que para esto te doy en esta Historia.

CAPÍTULO XIV.

El admirable modo con que María santísima celebraba los misterios de la Encarnacion y Natividad del Verbo humanado, y agradecia estos grandes beneficios.

Entre todos los beneficios que Dios hizo á María y á todo el linaje humano, tiene el primer lugar la obra de la Encarnacion. — Era como empeño de Dios hacer una pura criatura humana, en cuya santidad y agradecimiento se lograra con plenitud tan raro beneficio. — Recompensó la Humanidad de Cristo la ingratitud de los hombres satisfaciendo al beneficio, cuanto era posible de parte de la humana naturaleza. — Nuevo empeño en que quedaba la naturaleza humana por ser Dios y Hombre el que satisfizo, si no hubiera esta pura criatura que correspondiese cuanto á ellas era posible. — Como satisfizo María á este empeño. — Como agradecia María por sí y por todos los hijos de Adán el beneficio de la Encarnacion. — Oracion que repetia María por este intento. — Peticion á su Hijo por la satisfacion de nuestra deuda y perdon de nuestra ingratitud. — Novena con que celebraba María el misterio de la Encarnacion cada año. — En ella estaba encerrada sin comer ni dormir. — Renovábale el Señor los favores que la hizo en los

nueve días inmediatos antes de la Encarnacion. — Los seis días primeros descendía Cristo del cielo al oratorio de su Madre. — Colocaban los Angeles á María en el trono de su Hijo á su diestra. — Estado en que renovaba el Señor en ella sus maravillas con nuevos favores y efectos. — Ciencia que se le renovaba en el día primero. — Fines para que se le renovaba esta ciencia que le declaraba su Hijo. — Ciencia que se le renovaba el segundo día. — Ciencia que se le renovaba el tercero. — Ciencia de el cuarto día. — Ciencia de el quinto. — Ciencia del día sexto. — Cánticos de alabanza y peticiones por los hombres con que correspondía María á los favores de cada uno de estos días. — Nuevos dones con que su Hijo la favorecía en esta correspondencia. — Los tres días últimos era llevada al cielo. — Adorno que la ponian seis Serafines. — Otros seis Serafines retocaban su hermosura. — Otros seis la administraban calidades y lúmen con que era elevada para la vision beatífica. — Era elevada al trono de la santísima Trinidad á la diestra de su Hijo. — Allí agradecía por sí y por los hombres el beneficio de la Encarnacion, y pedia por ellos. — Ofrecimiento que hacia Cristo al eterno Padre de su Madre para aplacar la indignacion divina por la ingratitud de los hombres. — En el último día á la hora de la Encarnacion veía á Dios. — Cuán festivo era este día para el cielo. — Favores que nos alcanzó María en los días de esta celebridad. — Reduccion de almas á la fe católica que alcanzaba en la celebridad de las festividades, especialmente en la de la Encarnacion. — Sacaba en esta celebridad todas las almas que estaban en el purgatorio, y las ofrecia al Padre como fruto de la Encarnacion. — Forma en que celebraba el Nacimiento de su Hijo, y favores divinos que en esta celebridad recibia. — Adoracion y gracias que hace á su Hijo por su nacimiento en nombre de todo el linaje humano. — Peticiones que entonces hacia por los hombres. — Concediale de nuevo Cristo dispensase con ellos sus tesoros. — La admiracion de estos favores ocultos de María se ha de convertir en alabanza divina y confianza en su proteccion. — La dignidad de Madre de Dios pide favores de otra esfera que los que se hallan en los otros Santos. — Empeñó á la Omnipotencia en dar á María cuanto era congruamente capaz una pura criatura. — La correspondencia de María mereció que obrase en ella la Omnipotencia cuanto debidamente se pudo extender. — En el conocimiento de la dignidad de Madre de Dios se dió á los fieles noticia implícita de todas las gracias de María. — Remitió el Señor deducir de aquel principio las prerogativas de su Madre á la devocion de los fieles. — Á muchos Santos y escritores dió luz particular de algunas. — Razon de haber manifestado el Señor en esta Historia estos sacramentos ocultos sin fiarlo del humano discurso. — Obligacion de la discipula en haberla elegido la Madre de Dios para esta obra. — Exhortacion á imitarla en agradecimiento y celebridad del misterio de la Encarnacion. — Leccion de celebrar dignamente estas festividades de la Encarnacion y Nacimiento.

642. Quien era tan fiel en lo poco como María santísima, no hay duda que en lo mucho seria fidelísima. Y si en agradecer los beneficios menores fue tan diligente, oficiosa y solícita, cierto es lo seria con toda plenitud en las mayores obras y beneficios que de la mano del Altísimo recibió ella y todo el linaje humano. Entre

todos ellos el primer lugar tiene la obra de la Encarnacion del Verbo eterno en las entrañas de su beatísima y purísima Madre; porque esta fue la mas excelente obra, y la mayor gracia de cuantas pudo extenderse el poder y sabiduría infinita con los hombres, juntando el ser divino con el ser humano en la persona de el Verbo por la union hipostática, que fue el principio de todos los dones y beneficios que hizo el Omnipotente á la naturaleza de los hombres y de los Angeles. Con esta maravilla nunca imaginada se puso Dios en tal empeño, que (á nuestro modo de entender) no saliera dél con tanta gloria, si no tuviera en la misma naturaleza humana algun fiador, en cuya santidad y agradecimiento se lograra tan raro beneficio con toda plenitud, conforme á lo que dije en la primera parte ¹. Esta verdad se hace mas inteligible, suponiendo lo que nos enseña la fe, que la divina Sabiduría tuvo prevista en su eternidad la ingratitud de los réprobos, y cuán mal usarian y se aprovecharian de tan admirable y singular favor como hacerse Dios hombre verdadero, Maestro, Redentor y ejemplar de todos los mortales.

643. Por esto la misma Sabiduria infinita ordenó esta maravilla, de manera que entre los hombres hubiera quien pudiera recompensar esta injuria, y deshacer este agravio de los ingratos á tan alto beneficio, y con digno agradecimiento mediase entre ellos y el mismo Dios, para aplacarle y satisfacerle en cuanto era posible de parte de la humana naturaleza. Esto hizo en primer lugar la humanidad santísima de nuestro redentor y maestro Jesús, que fue el medianero con el eterno Padre ², reconciliando con él á todo el linaje humano, y satisfaciendo por sus culpas con superabundante exceso de merecimientos, y paga de nuestra deuda. Mas como este Señor era Dios verdadero y Hombre verdadero, todavía parece que la naturaleza humana le quedaba deudora á él mismo, si entre las puras criaturas no tuviera alguna que le pagara esta deuda, todo cuanto de parte de ellas era posible con la divina gracia. Este retorno le dió su misma Madre y nuestra Reina; porque sola ella fue la secretaria del gran consejo, y el archivo de sus misterios y sacramentos. Sola ella los conoció, ponderó y agradeció tan dignamente, cuanto á la naturaleza humana, sin divinidad, se le pudo pedir. Sola ella recompensó y suplió nuestra ingratitud, y la cortedad y grosería con que en su comparacion lo hacian los hijos de Adán. Sola ella supo y pudo desenojar y satisfacer á su mismo Hijo del agravio que recibió de todos los mortales, por no haberle recibido por

¹ Part. I, n. 58. — ² I Tim. II, 5.

su Redentor y Maestro, ni por verdadero Dios humanado para la salud de todos.

644. Este incomprehensible sacramento tuvo la gran Reina tan presente en su memoria, que jamás le olvidó por solo un instante. También conocía siempre la ignorancia que tenían tantos hijos de Adán de este beneficio; y para agradecerlo ella por sí y por todos, cada día muchas veces hacía genuflexiones, postraciones, y otros actos de adoración; y repetía continuamente por diversos modos esta oración: *Señor y Dios altísimo, en vuestra real presencia me postro, y me presento en mi nombre y de todo el linaje humano; y por el admirable beneficio de vuestra encarnación os alabo, bendigo y magnifico, os confieso y adoro en el misterio de la unión hipostática de la divina y humana naturaleza en la divina persona del Verbo eterno. Si los miserables hijos de Adán ignoran este beneficio, y los que le conocen no le agradecen dignamente, acordaos, piadosísimo Señor y Padre nuestro, que viven en carne flaca, llena de ignorancias y pasiones, y no pueden venir á Vos, si no los trajere vuestra clementísima dignación¹. Perdonad, Dios mío, este defecto de tan frágil condición y naturaleza. Yo, esclava vuestra y vil gusanillo de la tierra, por mí y por cada uno de los mortales os doy gracias por este beneficio con todos los cortesanos de vuestra gloria. Y á Vos, Hijo y Señor mío, suplico de lo íntimo de mi alma tomeis por vuestra cuenta esta causa de vuestros hermanos los hombres, y alcanceis perdón para ellos de vuestro eterno Padre. Favoreced con vuestra piedad inmensa á los míseros y concebidos en pecado, que ignoran su propio daño, y no saben lo que hacen ni lo que deben hacer. Yo pido por vuestro pueblo y por el mío; pues en cuanto sois hombre todos somos de vuestra naturaleza, no la desprecieis; y en cuanto Dios dais valor infinito á vuestras obras. Sean ellas el retorno y agradecimiento digno de nuestra deuda; pues solo Vos podeis pagar lo que todos recibimos y debemos al eterno Padre, que para remedio de los pobres y rescate de los cautivos quiso enviarnos de los cielos á la tierra². Dad vida á los muertos, enriqueced á los pobres, alumbrad á los ciegos³; Vos sois nuestra salud, nuestro bien y todo nuestro remedio.*

645. Esta oración y otras eran ordinarias en la gran Señora del mundo. Pero sobre este continuo y cotidiano agradecimiento añadía otros nuevos ejercicios para celebrar el soberano misterio de la Encarnación, cuando llegaban los días en que tomó carne humana el Verbo divino en sus purísimas entrañas; y en estos era mas fa-

¹ Joan. vi, 44. — ² Luc. iv, 18. — ³ Matth. xi, 5.

vorecida del Señor que en otras fiestas de las que celebraba; porque esta no era de solo un día, sino de nueve continuos, que precedieron inmediatamente al de veinte y cinco de marzo, en que se ejecutó este sacramento con la preparación que se dijo en el principio de la segunda parte¹. Allí declaré por nueve capítulos las maravillas que precedieron á la Encarnación, para disponer dignamente á la divina Madre que había de concebir el Verbo humanado en su alma y en su vientre virginal. Aquí es necesario suponerlo y repetirlo brevemente, para manifestar el modo con que celebraba y renovaba el agradecimiento de este sumo milagro y beneficio.

646. Comenzaba esta solemnidad del día diez y seis de marzo por la tarde, y en los nueve siguientes hasta el día veinte y cinco estaba encerrada sin comer ni dormir; y solo para la sagrada Comunión la asistía el Evangelista, que se la administraba en estos nueve días. Renovaba el Omnipotente todos los favores y beneficios que hizo con María santísima en los otros nueve que precedieron á la Encarnación; aunque en estos añadía otros nuevos de su Hijo y nuestro Redentor, porque ya su Majestad, como había nacido de la piadosísima y digna Madre, tomaba por su cuenta el asistirla, regalarla y favorecerla en esta fiesta. Los seis días primeros de aquella novena sucedía de esta manera, que después de algunas horas de la noche en que la digna Madre continuaba sus acostumbrados ejercicios, descendía á su oratorio el Verbo humanado de los cielos con la majestad y gloria que está en ellos, y con millares de Ángeles que le acompañaban. Con esta grandeza entraba en el oratorio y presencia de María santísima.

647. La prudentísima y religiosísima Madre adoraba á su Hijo y Dios verdadero con la humildad, veneración y culto, que solo sabía hacerlo dignamente su altísima sabiduría. Luego por ministerio de los santos Angeles era levantada de la tierra, y colocada á la diestra del mismo Señor en su trono, donde sentía una íntima y inefable unión con la misma humanidad y divinidad, que la transformaba y llenaba de gloria, y de nuevas influencias que con ningunas palabras se puede explicar. En aquel estado y puesto renovaba el Señor en ella las maravillas que obró los nueve días antes de la encarnación, correspondiendo el primero de estos al primero de aquellos, y el segundo al segundo, y así en los demás. Y de nuevo añadía otros favores y efectos admirables, conforme al estado que tenía el mismo Señor y su beatísima Madre. Y aunque en

¹ Part. II, n. 5.